

Miranda junto a la ventana, hace dos inviernos.

Solía fumar por las noches cuando nadie la miraba.

Si cierro los ojos, puedo sin mucho esfuerzo describir cómo se mordía las uñas, las cucharadas de azúcar que ponía al café todas las mañanas, su forma de sacudir la arena de las toallas cuando íbamos al mar, como arrugaba la nariz cuando algo no le convencía.

A Miranda siempre le gustó guardar secretos.

Tenía las manos finas y pequeñas. Solía pintarse las uñas para evitar morder las, aunque nunca lo conseguía. A veces desaparecía por varios días sin dar explicaciones. Cuando regresaba, siempre me preguntaba si había regado sus plantas, tenía tres que cuidaba con cariño.

Nunca olvidé de hacerlo.

El frío llegó antes de lo previsto aquel año, los días se hicieron más cortos. A las seis de la tarde toda la luz desaparecía, excepto la de las farolas.

-Volvamos. – Dijo Miranda.

Habíamos ido a pasear, no lejos del bloque. El aire era seco.

La ciudad parecía estar únicamente habitada por nosotros y aquel hombre que, con ayuda de su bastón, recorría el paseo marítimo con pasos lentos.

Esa noche fue la última que vi a Miranda. La recuerdo junto a la ventana.

Me daba la espalda y podía intuir su mirada ausente clavada en la oscuridad de la calle.

Miranda escribía poemas, constantemente. Nunca dejaba que nadie los leyese.

A veces, ellas los recitaba, muy bajito, yo guardaba silencio y agudiza a el oído para no perder detalle y saborear cada palabra.

Si cierro los ojos, recuerdo perfectamente la sombra de su cuerpo.

Enero latente.

Su pelo castaño a la altura de los hombros, su espalda llena de lunares. De repente apagó un cigarro con gesto rápido y se dio la vuelta.

Miranda tenía los ojos grises, pero no le gustaban los días nublados.

Aquel invierno era parecido al de unos años atrás, cuando nos conocimos.

El mismo silencio en las calles, el mismo aire seco y frío, hasta la luz se desvanecía a la misma hora. Recuerdo que fui al teatro a ver una representación de Shakespeare.

Más tarde me llegué a tomar algo a un bar de la zona. Los días se hacían eternos.

La vi en una mesa, escribiendo.

Me llamó la atención la forma en la que cogía el lápiz, como si fuese de cristal.

Me senté enfrente y saqué el libro que leía entonces, de fondo sonaba una canción de Leiva.

-La catedral del mar, un libro interesante. – dijo ella

-¿Lo has leído?- pregunté.

-Sí. ¿Puedo sentarme?

Su sonrisa era amplia y le iluminaba el rostro.

Llevaba el pelo despeinado, recogido en una especie de moño desecho.

Todo en su forma de hablar, de moverse, me cautivó.

Miranda sabía que me daba miedo perderla, lo supo siempre, que desapareciera, que dejase un vacío que nunca pudiese llenar.

Solíamos hablar de esto cuando íbamos al mar. Nadábamos muy hondo y luego, en la orilla, tiritando, nos sentíamos capaces de hacer cualquier cosa, de cumplir cualquier sueño. De encontrar una solución a todos los problemas, una respuesta a todas las dudas.

Hablábamos también de música, cine o lugares que habíamos visto o nos gustaría visitar, incluso hacíamos carreras por la orilla y aguantábamos la respiración, cosas tan simples.

Creábamos nuestra propia utopía entre el oleaje y la sal, nos sentíamos libres.

Su madre tiene Alzheimer, vive en un asilo. Su padre murió hace meses.

Miranda solía decir que su madre siempre fue la que recordaba las cosas, y que el padre era el que solía llegar tarde a todos los sitios y olvidar las llaves en la puerta o la chaqueta en el bar.

Ahora él se había marchado antes de tiempo y Miranda tenía que recordarlo todo con notas adhesivas, alarmas y agendas baratas.

Visitaba a su madre tan sólo una vez al mes. Cuando volvía de las visitas lloraba durante horas.

-¿De verdad vale la pena vivir una vida si luego no recuerdas nada? – me preguntó una noche mientras la abrazaba.

Me contó que no podía soportar la idea de que su identidad no significase nada para su propia madre; el sentirse una extraña reflejada en sus ojos la hacía sufrir. Por eso evitaba verla, a pesar de que era consciente de que la vida es una lotería en la que no sabes que te depara el futuro y la verdad que es mejor así.

El problema es que Miranda no tenía a nadie que la recordase por lo que fue.

Se agarraba a su pasado hasta con los dientes para no perder lo poco que quedaba de él, lo poco que quedaba de ella en él. Yo le acaricié el pelo sin poder ofrecerle nada que disipase el dolor salvo comprensión. Me miró a los ojos, ni siquiera me dio tiempo a disimular que la había estado observando, se acostó a mi lado de nuevo, yo la abracé. Dibujó círculos en mi cabeza con los dedos, a un ritmo lento, y me dejó arrastrar hacia los brazos de Morfeo.

Me dormí junto a ella, pero cuando me desperté ya no estaba.

Ese último verano viajamos a Francia sin saber que sería la última vez; Miranda estaba embarazada. Cogimos un tren, le gustaba mucho viajar así.

Disfrutaba del sonido de las ruedas por las vías, entrando en una especie de letargo del que sólo despertaba para ir al baño. Decía que observar el paisaje a través de la ventana le hacía

sentirse en una película antigua, parecida a esas que veía de pequeña en la filmoteca con su padre.

Llevábamos una tarde en nuestro pintoresco destino, en una casita de piedra rodeada por la hiedra, cuando se puso muy enferma. Fiebres altas, vómitos, sudores fríos, temblores insoportables.

La llevé a un pequeño hospital francés de pasillos desérticos y paredes pintadas de un amarillo desgastado. Fue tarde, habíamos perdido al bebé.

Miranda tardó en recuperarse meses. La tristeza no llegó a abandonarla nunca.

No dejó notas, ni explicaciones, sólo poemas en sus cajones y bajo la cama.

Unos días después de que me durmiese en sus brazos, apareció su cuerpo, flotando, mar abierto. Me pidieron que la identificaran.

Allí, en la orilla en la que tantas veces habíamos estado, pensé que iba a mirarme a los ojos de nuevo, pero esto no ocurrió. No volví a escuchar su voz, ni contagiarme de su risa.

Rocé su mano.

Cuántas veces me dije: “No lo entiendo, mi amor”.

Si cierro los ojos, todavía puedo recordarla tiritando, empapada.

Aquella cala sin gente y nuestras huellas en la arena, volátiles.

Su pelo húmedo pegado a la cara, sus cafés demasiado dulces siempre, sus versos a escondidas.

A veces pienso que todo fueron espejismos.